

migo en el resto de la tarde ó en la madrugada del día siguiente; que yo me quedaba á seguir la suerte de nuestra fuerza; y que el medio de salvación que yo les indicaba, no les era indecoroso, porque no ejerciendo ellos mando alguno militar en aquellos momentos, ni siendo nombrados para permanecer constantemente á mi lado en situación en que nada podía despatcharse en los ramos de Gobierno, no tenían el mismo deber estrecho que yo de permanecer en mi puesto en aquellas circunstancias. Ellos, sin embargo, me contestaron de un modo enérgico y resuelto, que no aceptaban mi indicación, cualquiera que fuese la suerte que me tocara. Les dí las gracias y dispuse que si en el resto de la tarde no sufríamos un asalto, aprovechásemos la noche para romper el sitio, único medio de salvación que nos quedaba. Se comunicó al Sr. Iniestra, y emprendimos la marcha á las once de la noche.» (Carta rectificación al Sr. Romero, ya citada.)

Llegó Juárez con los suyos á Sayula el día 23; el 24 pernoctó en Zapotlán y el 26 entró en Colima.

Allí supo Juárez que Parrodi, á quien había nombrado Ministro de la Guerra al salir de Guadalajara, dejándole todos los recursos militares con que contaba, había capitulado sin combatir, entregando la plaza á Osollo. No se inmutó por este otro *azar de la guerra*; nombró Ministro de la Guerra á Degollado, encargándole del mando del ejército y dándole facultades omnímodas en los Estados del Norte y de Occidente, y el 11 de Abril (el 14 según Zerezero) se embarcó en Manzanillo, con los Ministros Prieto, Ocampo, Guzmán y Ruiz, á bordo del vapor «Jhon L. Stephens,» para Panamá, tocando en Acapulco, para conferenciar con Don Juan Alvarez, lo que no fué posible por hallarse dicho jefe en su hacienda de la Providencia. Llegó á Panamá el 18, atravesó el istmo, se embarcó en Colón el 19 en el vapor «Granada,» que lo condujo á la Habana, donde arribó el 22; allí tomó el vapor «Philadelphia» que lo llevó á Nueva Orleans, en cuyo puerto desembarcó el 28, y se reembarcó el 1° de Mayo para Veracruz, en el «Tennessee,» llegando á la ciudad heroica el día 4 del mismo mes.

La Reforma está asegurada. Juárez lo decía; Zamora lo confirmaba.

CAPITULO VIII

Don Manuel Gutiérrez Zamora.—Cómo fué recibido Juárez en Veracruz.
La Reforma.—El triunfo.

Don Manuel Gutiérrez Zamora era el tipo perfecto del veracruzano: franco, generoso, leal y valiente.

Hijo de una antigua y distinguida familia veracruzana, nació y se crió en la ciudad heroica, se dedicó al comercio, al lado de su honorable hermano mayor Don José, y al mismo tiempo tomó desde temprano participación en la cosa pública.

Cuando el general norteamericano Scott sitió y bombardeó á Veracruz en 1847, Don Manuel figuró entre los mejores defensores de la ciudad, con el carácter de Mayor de la Guardia Nacional del puerto. No quiso capitular y no capituló: se fugó de la plaza, en un bote, desembarcó en la Antigua, y se fué á continuar la guerra, con otros jóvenes veracruzanos, que se unieron á la guerrilla del célebre Padre Jarauta.

Suliberalismo le valió la persecución de Santa-Anna, quien lo desterró á Europa.

Cuando regresó, y con motivo del triunfo del Plan de Ayutla, fué nombrado Gobernador del Estado, para cuyo cargo fué electo popularmente después de promulgada la Constitución de 1857.

El Sr. Gutiérrez Zamora era un hombre de fibra y de no escaso talento. Aceptó la Constitución; pero desde que Comonfort ideó el golpe de Estado, trabajó con ahinco y mucha maña para atraerse á Zamora, quien vaciló y al fin fué aluci-

nado. Zamora creyó que Comonfort trataba únicamente de reformar la Constitución; pero nunca sospechó que se entregaría en brazos de los retrógrados.

A Comonfort le importaba mucho el contingente de Zamora y el de Doblado, sin los cuales creía que era difícil prosperase su intento. A Doblado lo catequizó; á Zamora lo engañó.

Por eso Zamora secundó el Plan de Tacubaya el mismo día en que fué proclamado. Fué una ligereza, hija de la demasiada confianza que le inspiraron las promesas de Comonfort.

El general Don Ignacio de la Llave, ese otro patricio ilustre, ese otro gran veracruzano, fué más perspicaz que Zamora; comprendió la perfidia, se mostró intransigente, y, como Comandante militar de Córdoba y Orizaba, empezó á organizar las fuerzas para combatir la revolución. Al mismo tiempo envió emisarios á Veracruz para convencer á Zamora de su error, y otro tanto hizo el patriota Don José María Mata.

En esa empresa representó un papel muy principal el Lic. Don José Manuel de Emparán, hombre elocuente, sincero, de catoniana severidad de principios y que ejercía gran influencia en Zamora, con quien le ligaba estrecha amistad desde la infancia.

Volvió Zamora sobre sus pasos, después de una larga é íntima conferencia que celebró con Emparán, en la casa de éste, la noche del 29 de Diciembre, y allí mismo redactaron el acta del despronunciamiento, volviendo Veracruz al orden constitucional.

Zamora, con esa sinceridad que constituía el fondo de su carácter, escribió á La Llave: «Me ha servido de lenitivo en la pena que me causaba haber tenido que apartarme del sendero legal, la justicia que V. S. y los habitantes de ese departamento han sabido hacer á la buena fe con que dí un paso tan ajeno de mis intenciones.»

Zamora era, á más de Gobernador del Estado, Coronel de la Guardia Nacional de Veracruz, cuerpo que tenía un verdadero amor fanático hacia su jefe. Ya veremos más tarde lo que valía esa Guardia Nacional.

Al despronunciarse Veracruz el 30 de Diciembre, empezó á desmoronarse el edificio improvisado por Comonfort, pues

inmediatamente siguieron el ejemplo las fortalezas de Ulúa y de Perote y la ciudad de Jalapa, del mismo Estado, y Tlaxcala. Los Estados del Norte y de Occidente, con excepción de San Luis Potosí, hicieron otro tanto.

Cuando se desencadenó la reacción, cuando se vió por todos lados la defección y la derrota, en vez de amilanarse el espíritu de los veracruzanos, se enardeció más y más, y cuando se supo que Juárez iba á hacer de Veracruz su asiento y residencia, se creyó obligado cada uno de aquellos hijos de la ciudad heroica á hacer hasta el último sacrificio para corresponder á la confianza en ellos depositada.

El vapor «Tennessee» se avistó el 4 de Mayo á las tres de la tarde. Por él se esperaba á Juárez y á sus Ministros, pues por el paquete inglés, llegado horas antes, procedente de la Habana, se conoció el itinerario que seguía. Fué el práctico del puerto á dar entrada al buque americano; y con sorpresa y sobresalto se veía que el vapor permanecía inmóvil, sin hacer por el puerto, á pesar de tener desde hacía rato el piloto á bordo.

Ya bien entrada la tarde movióse lentamente el «Tennessee» y fondeó junto á Ulúa.

¿Por qué esa tardanza? En virtud de disposiciones de Zamora para preparar á toda prisa y de la mejor manera posible la recepción oficial solemne. Todo el pueblo se encontraba aglomerado en el muelle, en las calles por donde se sabía que pasaría Juárez, en los balcones y azoteas.

Se engalanó la ciudad como por encanto; se reunió la Guardia Nacional y formó valla con los veteranos vestidos de gala.

Multitud de pequeñas embarcaciones se hicieron á la mar, llenas de gentes ávidas por saludar á Juárez; las falúas del Resguardo y de la Capitanía del Puerto, conduciendo á los altos funcionarios, fueron al encuentro del *Presidente legítimo*.

Desembarcó Juárez en medio del estruendo de la artillería, del clamor inmenso de todo un pueblo; sí, de todo un pueblo, que allí estaban mezcladas todas las clases, todos los sexos, todas las edades. Y más formidables que los repiques de las campanas, que el tronar de los cañones, eran los vítores del pueblo, el ¡viva Juárez! el ¡viva la libertad! el ¡viva México! el ¡viva la Constitución de 1857!

Aquel indio estoico se sintió conmovido. Comprendió que

después de haber atravesado el Mar Rojo y el Desierto, llegaba á la Tierra de Promisión. Pero no; aquella no era la Tierra de Promisión; era el Sináí!

Todavía no estaba separada la Iglesia del Estado. El clero tomó parte en la manifestación. Es verdad que fungía de cura párraco en Veracruz el Reverendo Fray Cristóbal Noriega, antiguo capellán del ejército y entonces capellán del Batallón de Guardia Nacional de Infantería, liberal exaltado, hombre valientísimo. La comitiva se dirigió procesionalmente á la Iglesia Parroquial, donde se cantó un *Te Deum*. De allí salió cuando ya había cerrado la noche. Pero el pueblo se había provisto de cirios, todas las casas estaban iluminadas, y las gentes pudieron saciar su legítima curiosidad, su noble deseo de conocer al ilustre huésped.

Juárez, pequeño de cuerpo y de color bronceado, llamaba la atención en medio de Gutiérrez Zamora, corpulento y rubio, y del general Don Ramón Iglesias, alto y blanco.

Un niño que veía el grupo, exclamó:

—Parece una pequeña estatua de bronce entre dos grandes estatuas de mármol.

—El bronce es más duradero que el mármol, le objetó sentenciosamente su padre.

Pido perdón á mis lectores por el recuerdo de estas nimiedades; pero no puedo arrancarlas de mi memoria, ni resistir á la tentación de consignarlas aquí.

Una vez en la casa que se tenía destinada á Juárez, Don Manuel Gutiérrez Zamora tomó la palabra y dijo:

«Excelentísimo Señor Presidente: El Estado de Veracruz felicita á V. E. por su llegada en unión de los distinguidos ciudadanos que componen su Gabinete. Yo no podría decir, sin agravio de los defensores de esta plaza, que la presencia del Primer Magistrado de la Nación reanimará su valor. Están entre ellos los que en Oaxaca y los que en Cruz Blanca hicieron temblar al enemigo; y ninguno de los permanentes y guardias nacionales que lo esperan en estos muros, han necesitado otro estímulo para resolverse á no transigir con la reacción, que el deber y el amor á la libertad. Pero siendo V. E. testigo de su conducta, será mayor el placer de todos en el combate que se anuncia.

«La entrada de V. E. en la ciudad heroica, en momentos tan solemnes y después de los peligros que le han cercado, es un acontecimiento que nos llena de esperanzas. Que éstas se vean cumplidas; que este acontecimiento sea el anuncio del triunfo de la nación sobre la inmoralidad y el obscurantismo. A este triunfo han de cooperar la reputación y la constancia de V. E.»

Juárez, sereno y con su voz pausada, contestó:

«Señor Gobernador: Agradezco la felicitación que V. E. dirige al Primer Magistrado de la República por su arribo á esta heroica ciudad, donde se defiende la Constitución del país y los derechos del pueblo. Celebro debidamente la buena disposición que manifiesta el pueblo veracruzano para sostener al gobierno legítimo, y contando con la cooperación de V. E., yo le ofrezco que redoblaré mis esfuerzos hasta sacrificar mi existencia, si fuese necesario, para restablecer la paz y consolidar la libertad y la independencia de la Nación.»

Así dijeron esos dos próceres del constitucionalismo; y las tropas desfilaron en columna de honor, al mando del general Osorio, y se retiraron á sus cuarteles, quedando de guardia la Compañía de Cazadores, de la Guardia Nacional, con la bandera del Batallón, bandera que en breve iba á cubrirse de inmarcesible gloria.

Ese pacto de unión á vida y muerte del pueblo veracruzano con el representante de la legalidad, lo presenciaron Miguel Lerdo de Tejada, Ignacio de la Llave y José María Mata, hijos ilustres del Estado, é Ignacio Ramírez, Ponciano Arriaga, Vicente García Torres (á quien no se le ha hecho aún la justicia que merece) y otros radicales que se habían refugiado en aquel baluarte de la libertad.

El día 5 el Ministro Ocampo comunicaba oficialmente la instalación del Supremo Gobierno en la ciudad de Veracruz, haciendo mención especial de la satisfactoria recepción que habían hecho al Presidente el pueblo, la guarnición y las autoridades del puerto; y manifestaba las mayores esperanzas en el triunfo próximo de los principios consignados en el Código Fundamental.

Mientras tanto las armas reaccionarias alcanzaban importantes triunfos en casi todo el país. El 18 de Junio (1858)

murió Osollo en San Luis Potosí, dejando el campo abierto para todas las ambiciones de su émulo el general Miguel Miramón, quien fué desde entonces la primera figura militar del bando retrógrado, y acabó de asentar su reputación con el triunfo que obtuvo en Ahualulco de los Pinos el 29 de Septiembre del mismo año, derrotando á las fuerzas unidas de Vidaurri, Zuazua, Aramberri y Naranjo. Esa batalla fué un verdadero desastre para el ejército liberal.

No seguiré paso á paso las peripecias de aquella lucha titánica, concretándome á lo más importante y que más íntimamente se relaciona con la personalidad de Juárez.

El partido reaccionario comprendió que de poco servirían los triunfos alcanzados por sus armas en el interior, mientras que Veracruz estuviese en poder de los liberales. Ya el general Don Miguel María Echegaray había ideado apoderarse de la plaza, pero sin llevar á cabo su ambición. Su amenaza sirvió, empero, para que Zamora hiciese esfuerzos sobrehumanos para fortificar la plaza lo mejor posible, añadiendo á la línea de baluartes, que poseía desde el tiempo de los españoles, otra línea avanzada de fortines, y un foso que circundó la ciudad. Se proveyó de parque, se construyeron en Alvarado las lanchas cañoneras «Hidalgo,» «Morelos,» «Bravo,» «Mina,» «Galeana» y «Santa María,» que fueron armadas cada una con un cañón de á 68 y tripuladas por los valientes matriculados del puerto.

El 19 de Marzo de 1859 apareció Miramón ante Veracruz con una fuerza de caballería. Se dispararon cuatro cañonazos desde la plaza, y Miramón desapareció inmediatamente.

Lo que vió desde los médanos le convenció que eran exiguos los elementos que llevaba; y ofreció volver cuando hubiese reunido los necesarios.

Los reaccionarios quisieron vengar el ridículo fracaso de la expedición á Veracruz cebándose en los prisioneros que hicieron en Tacubaya, cuando la infausta jornada del 11 de Abril. ¿Quién fué el responsable de esos asesinatos proditorios, padrón de ignominia del partido retrógrado? Márquez, que los ejecutó, dice que Miramón que los ordenó. Miramón dice que su orden fué: «En la misma tarde de hoy y bajo la más estricta responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las

armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que les haya cabido esta suerte.»

Esta fué la orden de un león á una pantera. La pantera se extralimitó, está bien; pero ambos son culpables, y á ambos los condena la Historia y los anatematiza la Patria, por más que el clero de Guadalajara coronase á Márquez, el 15 de Mayo de 1859, por esos asesinatos (Véase al Pbro. Rivera, *Anales de la Reforma*).

Por todas partes se luchaba; pero por todas partes los triunfos del reaccionario eran superiores á los nuestros. A mediados del año de 1859 puede decirse que el partido liberal no ocupaba más ciudad importante que la de Veracruz. *Pero con eso bastaba.* Entonces, en ese momento, el más difícil de aquella época, el más comprometido, fué cuando Juárez expidió las LEYES DE REFORMA.

En el periódico *El Siglo XIX*, correspondiente al 1° de Diciembre de 1857, publicó el inolvidable Don Francisco Zarco estas sesudas palabras: «Si el Congreso hubiera votado la libertad de cultos, hoy se diría que á medida tan avanzada se debían los motines y asonadas que han estallado por todas partes. ¿Qué se ganó con haber retrocedido ante el principio por tímidas consideraciones? Nada; el enemigo no agradeció esta concesión, y sólo creyó descubrir el flanco débil del partido liberal. Se cree por algunos hombres de muy recta intención, que no debe decretarse una reforma sino hasta que otra quede triunfante y perfectamente consolidada. Aceptaríamos este sistema de lentitud, si la primera reforma desarmara á los enemigos de la República; pero seguido en lo general, no puede ser conveniente, porque es resignarse á que cada paso en la vía del progreso cueste inmensos sacrificios y ponga en conflicto las anteriores conquistas. Contra la Ley Juárez estalló la reacción en Puebla, acaudillada por Don Antonio de Haro; contra la Ley Lerdo estalló el movimiento de Orihuela. Si estas dos leyes se hubieran dado á un tiempo, aun cuando fueran mucho más avanzadas de lo que son, habrían producido un solo conflicto en lugar de dos. Esta sola consideración demuestra que el progreso excesivamente lento y gradual es un error de funestas consecuencias.»